

CRONICA LITERARIA

por Almagro Santander

669373

MÁS DE ALGUIEN pondrá sedas interrogantes si nosotros hablamos de poetas y carpinteros. Dos oficios que tal vez no se compatibilicen y que, sin embargo, marchan unidos, como los rieles de un ferrocarril.

Porque los poetas tienen un profundo respeto por los carpinteros, el cielo de la patria se ilumina en las palabras de la poesía. No es un fenómeno del otro mundo, porque ambos seres viven con los pies bien plantados sobre la tierra.

Sólo de diez poetas admirarán el oficio del carpintero, la finura de sus obras, la paciencia al: Unir de su evangelio. Hay algo notablemente bello en el destino que le otorgan a sus herramientas, continuación del tacto más delirado.

Las frías páginas del diccionario resultan secas y mesquinas para definir tan maravillosa profesión. En un diccionario de urgencia, común y corriente. Allí leemos: "CARPINTERO m. El que por oficio trabaja y labra madera". Nada más.

Si vamos trabajar a un carpintero, le encontraremos toda la razón a los poetas. Quien le ve cepilar una tabla, por ejemplo, hallará en su taller algo que cambia al simple deseo de ganarse la vida, que es, por otra parte, una poderosa lección; mas, existe bastante de lo vital en esta empresa que desborda una ternura conmovedora. La tabla cepilada amorosamente llega a las manos con una útil emoción, con una suavidad infantil, con una claridad que nos permite adivinar el árbol y el bosque de la patria misma, con su humedad de rocío.

Los poetas, que no son hombres de otras planetas, entienden este oficio cristiano del carpintero, y suelen recordarlo en versos que transitan amistad, sinceridad, fraternidad de viajes y de metas.

Por ahí, entre las páginas de una antología poética, descubrimos este "Final de un carpintero", de que es autor el poeta chileno Rubén Campos Aragón, que nos confirma lo que ya expresamos:

sereno y limpio como un río.
Un sábado de vino
dejó lista la caja de herramientas.

Se coraron de bosque
entró al carpintero
como una estrella pálida de dolores.

Lo cierto
es que de ahora en adelante
no tendrá más que azules
en las manos".

Los poetas populares se emparentan directamente con los carpinteros, y resulta hermoso crear los octosílabos mientras se le saca viruta a una tabla. Esa viruta olorea de bosque, patrimonio de lo que ayer fue vida, y que renace en la arena hogareña, en las sillas para los hijos, en el mueble maravilloso que ocupa un rincón de la casa.

Las manos de los carpinteros ofrecen en cada obra un torrente de poesía. En la superficie de la madera cazaban sus dedos con la suavidad del topógrafo, buscando los rangos ocultos, las vetas invisibles, los nudos que forman imágenes caprichosas. Lo que ayer fue un árbol orgulloso y oscilante al paso de los vientos, hoy es en las manos de los carpinteros la palabra mágica que mueve sus hilos fantásticos bajo la mirada atenta y penetrante, donde dos ojos foforecen en la tibia oscuridad de un taller.

Es lo que trata de presentarnos el poeta Jacobo Danks, el feliz creador de "La taberna del perro que llora", cuando nos dice con voz emocionada y solemne:

"Lo que ayer fue árbol,
hoy es un árbol.
—Capitán, ¿quién lo hizo?
—San José del Pueblo.

Fabrica avanzadas
con palo de cedro,
para que el ahorro
tenga el alma serena.

Crónica literaria [artículo] Almagro Santander.

Libros y documentos

AUTORÍA

Santander, Almagro, 1925-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica literaria [artículo] Almagro Santander.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa